

Raíces bíblicas de la paz

VICTORIANO CASAS GARCÍA

En el lenguaje profano, «paz» alude a la realización plena del ser humano. En el lenguaje de la fe cristiana, que brota de la Sagrada Escritura y de la tradición viva, la «paz» significa una de las cimas más altas de la existencia humana.

La paz en la fe cristiana no resulta, sin más, de la seguridad existencial jurídica y política. Esta es la *pax* de los romanos. Tampoco la paz cristiana brota de la relación armónica entre el individuo y la sociedad. Esta la *eirēnē* de los griegos.

La paz, en la experiencia y en el lenguaje de la fe de los cristianos, es algo que, fontalmente, está por encima de cualquier realidad y explicación humanas. La paz, primariamente, es don de la voluntad salvífica de Dios. La paz es la cercanía, la revelación personal de Dios, mediante la cual se manifiesta y afirma su *amor a los hombres*. Esta paz entra de lleno en el acontecimiento ineludible e intransferible del encuentro entre el hombre y Dios, entre Dios y el hombre. Es la experiencia de la fe: en ella el hombre se abre a la salvación de Dios, superándose a sí mismo, acogiendo, de este modo, en pura y transparente confianza, la plenitud, la felicidad, el gozo, la paz, que es Dios mismo.

El realismo, sin embargo, de la Biblia y de la pura tradición cristiana no separa nunca la *paz interior* (o espiritual) de la *paz exterior*; dejando claro siempre que ésta es signo de aquélla y que la primera anuncia y condiciona la segunda.

En su raíz, *la paz es don de Dios*: Estamos en paz porque Dios nos acoge, nos mira con benevolencia, siendo de esta manera El para nosotros la «plenitud de felicidad»: «El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Núm 6,26) (1). *La paz es la bendición de Dios a los hombres*: Bienestar, salvación plena y total es Dios para su pueblo en medio de todas las tempestades de la historia y de la vida. La paz es seguridad de la plenitud de protección de Dios a nuestra persona: «El Señor da fuerza a su pueblo, el Señor bendice a su pueblo con la paz» (Sal 29,11) (2). *La paz es la gracia de Dios*, por la que establece o restablece su alianza con los hombres, siendo ésta manifestación de *su ternura hacia nosotros*: «...y mi alianza de paz no se moverá —dice el Señor, que tiene ternura de ti» (Is 54,10).

Consecuencia necesaria de esta *paz-don* es una *paz activa*. La paz es justicia, es el Señor y su reino: «¡Escuchadme los que vais en pos de la justicia, que buscáis a Yavéh!» (Is 51,1). Buscar (3) supone una actitud intensa y apasionada: ¡«Apártate del mal y obra lo bueno; busca la paz y ve tras ella!» (Sal 34,15). El compromiso ético no es sino una adhesión total al proyecto de Dios, es uniformarse a las propuestas de Dios, es sintonizar, desde los sentimientos, con la voluntad de Dios. *La paz activa* es una *paz teológica*: promover la paz, en la consagración sin reservas al Señor, lleva al encuentro con El, a verlo: «Buscad la paz con todos, y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor (Heb 12,14) (4).

Jesús felicita a los que trabajan por la paz: «¡Felices los pacificadores, porque se les llamará hijos de Dios!» (Mt 5,9). Están en juego aquí todos aquellos que trabajan por la concordia entre los hombres. Esto lleva consigo que el hombre esté en paz consigo mismo. Sólo hombres pacificados, llenos de paz, llenos de Dios, producen paz (5). Dios va a declarar y a reconocer verdaderamente como hijos suyos a los que se han entregado a la paz.

DIOS ES PAZ

Cuando el hombre es testigo del amor que Dios le tiene, su existencia la siente y la vive en la presencia confiada y dialogante de Aquel que es su justicia, es decir, su salvación, su esperanza y su liberación: «Cuando

(1) *Les Nombres*. Traduction Oecuménique de la Bible. París, 1976, p. 276.

(2) E. Pax, *Studien zur Theologie von Ps. 29*, BZ 6 (1962), 93-100.

(3) G. Gerleman, *Bqš* (Buscar). Diccionario teológico manual del AT. I. Cristianidad. Madrid, 1978, pp. 483-485.

(4) C. Spicq, *L'Épître aux Hébreux*. Gabalda. París, 1977, pp. 206-207.

(5) V. Casas, *Schalom, paz. Regalo y tarea*, Santuario, núm. 55, 1986, pp. 8-13.

clame, atiéndeme, ¡oh Dios de mi justicia!, que en la angustia me has dado holgura; ten piedad de mí y escucha mi plegaria» (Sal 4,2). El resultado de la «justicia» eficaz de Dios es la «espaciosidad», la «anchura» de la libertad. Dios es para el hombre, entonces, el horizonte abierto de felicidad.

El hombre ante Dios se sabe «fiel» por gracia: «Yahvéh honra con predilección a su fiel» (Sal 4,4). El hombre es «fiel» cuando deja que Dios opere eficazmente en su corazón, en sus sentimientos, en su voluntad, en su conocimiento, en su pensamiento, en su acción. Sólo así el hombre «fiel» sabe personalmente de su relación con Dios. «Sabed que... Yahvéh me escuchará cuando a El yo clame» (Sal 4,4b). Esta sabiduría de Dios es del todo distinta a cualquier otra sabiduría de este mundo: No es el hombre el que salva ni la superstición, ni las maniobras humanas: es sólo el Señor vivo y operante en la historia. Este Señor, que es persona, puede «escuchar», cosa que no hacen los ídolos.

Dios inunda de gozo y paz el corazón de los hombres que lo esperan, lo invocan y lo acogen: «Has dado a mi corazón más gozo que en tiempo en que abundan el grano y mosto. Tranquilamente, al punto en que me acuesto, me duermo en paz, porque *Tú solo, Yahvéh, me haces vivir en seguridad*» (Sal 4,8.9). Es el rasgo autobiográfico de los creyentes verdaderos, cuya vida feliz y serena está puesta en las manos de Dios. Esta paz interior, que puebla desde las raíces hasta las hojas la vida de un hombre creyente, es infinitamente superior a cualquier otro bien. Cuando baja la noche, el corazón está colmado de gozo y de esperanza, confiado en que se abrirá luminoso un nuevo día. El hombre en su mente, en su memoria, en su conciencia, o sea, en su corazón (6), vive y descansa en paz, en Dios, «sumiso y tranquilo cual niño destetado en el regazo de su madre» (Sal 131,2).

Dios es absolutamente imparcial sin dejarse encantar por las apariencias; por eso, *El puede escrutar y probar la auténtica realidad de cada hombre*. No se le puede oponer barrera alguna; su mirada perfora toda pantalla hipócrita o todo revestimiento honorífico. Todas las máscaras caen ante El. En verdad El penetra más allá de la superficie. De ahí que el creyente, que ora, hable a este Dios vivo así: «*Tú que escrutas corazón y riñones, Dios justo*» (Sal 7,10). Estas dos metáforas fisiológicas, frecuentes en la Biblia (7), presentan la complejidad de la voluntad y del afecto que está en la base del obrar humano. El *corazón* es, en la práctica, sinónimo de *conciencia* y no puede ser ciertamente reducido a la pura esfera de lo sentimental. Es un dato de experiencia lo escrito por Blas Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no

(6) M. Dahood, *Ugaritic Lexicography*. Bib 44 (1963), 295-296.

(7) En el profeta Jeremías es casi un atributo constante de Yahvéh «el que escruta corazón y riñones» (11,20; 12,3; 17,10; 20,12). Cfr. P.-E. Bonnard, *Le Psautier selon Jérémie*. París, 1960, p. 39.

conoce» (8). El corazón es, pues, el centro de coordinación del ser entero. Sólo es transparente bajo la mirada amorosa y penetrante de Dios. Los riñones (9), por otra parte, representan un símbolo más oriental y denotan, de forma imprecisa y global ciertamente, el sector pasional, emotivo y primario del hombre, con todo su aparato de reacciones psicofísicas. Ellos son casi un manantial de donde brotan temores, entusiasmos, pasiones, sentimientos, experimentables desde el exterior (10).

La unidad, pues, consciente e inconsciente del hombre está atravesada por la *mirada radiográfica* de Dios, que, escrutando (11) el corazón y las entrañas, sabe trazar una verdadera línea de demarcación entre el bien y el mal, entre justos e injustos. El apóstol Pablo, en el ámbito de su «canto al Espíritu», recuerda este texto del salmo, arriba comentado: «*Y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios*» (Rom 8,27). En el centro más secreto de nuestra persona ahí es donde actúa el Espíritu, uniéndose a nuestro espíritu (12). Es Cristo Jesús mismo, ya vivo y resucitado para siempre, el que sondea lo más secreto y hondo de cada hombre: «Yo soy el que sondea los riñones y los corazones, y yo os daré a cada uno según vuestras obras» (Ap 2,23).

Si *altísimo*, en la Biblia, expresa verticalmente la altura y, por lo mismo, la *trascendencia* (13) de Dios, el atributo *escrutador*, también dicho de El, expresa siempre verticalmente la *profundidad y la intimidad de un Dios vivo, cercano a nosotros* más que «nuestra misma vena yugular» (14).

NO HAY PAZ PARA LOS IMPIOS

La experiencia diaria de la vida humana parece dar un doloroso e insoportable mentís a la revelación gratuita de Dios-paz. Con decisión hay

(8) B. Pascal, *Pensamientos*. Espasa Calpe. Madrid, 1967, p. 58.

(9) *Kil^eyah/K^elayōi*, riñón/es, metafóricamente, la parte íntima del ánimo del hombre, el centro de su vida interior, afectiva y ética, que Dios ve y explora. Cf. F. Zorell, *Lexicon Hebraicum et Aramaicum Veteris Testamenti*. Roma, 1968, p. 359.

(10) Sal 16,7; 17,3; 26,2; 64,7; 73,21. Cf. Prov 17,3; 21,2; 23,16; 24,12.

(11) E. Jenni, *B^hn* (Probar, escrutar). Diccionario teológico manual del AT I. Cristiandad. Madrid, 1978, pp. 403-406.

(12) F. J. Leenhardt, *L'Épître de Saint Paul aux Romains*. Labor et Fides. Genève, 1981, p. 132.

(13) «El "Altísimo" se convierte, de manera absolutamente natural, en un atributo de la divinidad, ya que las regiones superiores, inaccesibles al hombre, las zonas siderales, adquieren los prestigios divinos de lo trascendente, de la realidad absoluta, de la perennidad. El cielo "simboliza", pues, la trascendencia, la fuerza, la inmutabilidad, por su simple existencia.» M. Eliade, *Traité d'histoire des religions*. Payot, París, 1970, pp. 46-47.

(14) *El Corán* (50,16). Ed. Nacional. Madrid, 1980, p. 619.

también que recordar otro dato de experiencia humana, diaria y permanente: La salvación universal de Dios no destruye la libertad humana, que puede asumir un talantè tanto de aceptación cuanto de distanciamiento de El, que nos ofrece salvación. ¡Sin El, con todo, es imposible alcanzar paz! La increencia imposibilita para acoger y vivir la paz, que es Dios. A esto la Biblia lo llama *impiedad*, de ahí que afirme: «No hay paz para los impíos» (Is 48,22; 57,21).

La paz se vive en la justicia. *No hay paz sin justicia*. Esto quiere decir que el anuncio y la proclamación de la paz recibe su verificación en la pasión y la entrega a la justicia. Dios rige el mundo con justicia: «Tu justicia semeja las montañas divinas, tus juicios el abismo inmenso; a hombres y animales salvas, ¡oh, Yahvéh! Cuán preciosa es tu gracia» (Sal 36,7). De ahí que todos los que, en verdad sean lugartenientes de Dios —los creyentes— hayan de uniformarse a la acción de su Señor, de otro modo son traidores o ilegítimos. La afirmación o negación de Dios pasa por el corazón, que se muestra activo y público en la vida. «¡Oh, Dios!, da tu juicio al rey y tu justicia al hijo del rey, para que gobierne a tu pueblo con justicia y a tus pobres con equidad. Aportarán los montes paz al pueblo y los collados justicia. Defenderá la causa de los pobres del pueblo, salvará a los hijos del indigente y aplastará al opresor... Florecerá en sus días la justicia, y una paz abundante hasta que cese la luna» (Sal 72,1-7). *Tu pueblo con justicia* (15)... *tus pobres con equidad* (16). Tus pobres son todas aquellas personas que tienen como único tutor y defensor de sus derechos sólo a Dios y, por lo mismo, a aquellos que son sus gerentes terrenos. «La justicia de un gobierno no consiste, sin embargo, en la estricta igualdad, sino en una política de deliberada predilección por el débil. En realidad, el pobre no es en nada igual al rico, y es, por lo mismo, una ilusión quererlo tratar como a igual suyo ante la ley. El pobre debe tener un tratamiento legal de preferencia» (17).

La justicia tiene una resonancia cósmica: participan de ella los montes y collados (Sal 72,3), la lluvia y el heno segado, los aguaceros y la tierra (v. 6), la fecundidad de vida por todas partes (v. 16). La injusticia crea, pues, un desequilibrio en la naturaleza, rompe no sólo la armonía social, sino también la de la creación. La justicia, por el contrario, es obra de creación. El reino de Dios es, por ello, cósmico e histórico y está regido en la justicia, la de todos sus vasallos —aquí, en concreto, el rey de Israel— que ha de desarrollarse en el mismo modo. Es así

(15) K. Koch, *Sdq* (Ser fiel a la comunidad/Ser saludable). Diccionario teológico manual del AT. II. Cristiandad. Madrid, 1985, pp. 640-668.

(16) G. Liedke, *Spt* (Juzgar). Diccionario teológico manual del AT II. Cristiandad. Madrid, 1985, pp. 1252-1265.

(17) R. Lack, *Mia forza e mio canto è il Signore*. Roma, 1981, p. 207.

como brota la paz —schalom (18)—, un orden cada vez más puro y más generoso de relaciones. La paz y la justicia son, en verdad, la vegetación más preciosa de la tierra. Los pobres, los privilegiados de Dios, esperan de los lugartenientes de Dios un ejercicio diverso de la justicia, ejercicio que les es negado amargamente por los hombres que los explotan y los oprimen. Resuenan en este hermoso texto de oración sálmica las ardientes páginas de Amós, Miqueas e Isaías, los profetas que han tratado repetidamente de despertar la conciencia de los gobernantes contemporáneos de ellos y de todo tiempo.

El desasosiego del latifundismo imperante, de la explotación, de las injusticias y de los desequilibrios de clase impulsará a Israel —pueblo de pobres creyentes bajo el peso de su impotencia radical— a mirar más allá de las figuras concretas, cantadas en los salmos y a esperar un rey que, finalmente, «no juzgará por lo que vean sus ojos, ni fallará según lo que oigan sus oídos... Y será la justicia el ceñidor de sus lomos y la verdad el cinturón de sus caderas» (Is 11,3b.5).

La Escritura nos ofrece una radiografía hosca del impío (19), es decir, de aquel que va fraguando su opción fundamental contra Dios y, en consecuencia, contra el prójimo. Estos son los rasgos de su fisonomía negativa: a) *El es una originalísima y extraña personificación del pecado*: «Un oráculo pecaminoso tiene el impío en el fondo de su corazón» (Sal 36,2). Este oráculo pecaminoso señala la elección del campo que va haciendo el impío, poniéndose al servicio de este nuevo y terrible señor, el pecado, presentado como concretización simbólica del mal, realidad efectiva con su consiguiente dinamismo. El es el testigo de esta presencia horrible. Existe una palabra divina —oráculo del Señor— y existe también una palabra satánica —oráculo del pecado—, una profecía de Dios y una profecía del Mal, que «atrapa» a los hombres; b) *Su ateísmo se expresa en el rechazo del «temor de Dios»*: «El temor de Dios no existe ante sus ojos. Pues a sus propios ojos se vanagloria, detestando descubrir su culpa» (Sal 36,2b.3). El temor de Dios en el hombre denota su actitud religiosa global. El sentido religioso es proclamado en la Biblia como el comienzo de toda sabiduría: «El temor de Dios es el comienzo de la sabiduría: los necios desprecian la sabiduría y la instrucción» (Prov 1,7). Temor de Dios designa y evoca una actitud a la vez filial y reverencial hacia el Señor. Teme a Dios aquel que tiene en cuenta su presencia viviente. El es el que escruta el corazón y las entrañas de cada hombre (20). En la perspectiva bíblica, quien

(18) G. Gerleman, *Slm* (Tener suficiente). Diccionario teológico del AT II. Cristiandad. Madrid, 1985, pp. 1156-1173.

(19) C. van Leeuwen, *R8* (Ser malvado/culpable). Diccionario teológico manual del AT II. Cristiandad. Madrid, 1985, pp. 1021-1029.

(20) *Les Proverbes*. Traduction Oecuménique de la Bible. Paris, 1976, p. 1518.

niega a Dios niega también la moral. O sea, el compromiso vertical religioso y el horizontal social están indisolublemente unidos, de tal manera que quien elimina el primero liquida, asimismo, el segundo (21). *Se vanagloria a sus propios ojos, detestando descubrir su culpa*, es decir, quien ha borrado ya a Dios ante los ojos de su corazón pone como ídolo suyo a su propio yo. Como consecuencia no puede ya identificar su pecado y odiarlo. Su ceguera es radical, aunque él intente convenirse de que, por fin, «se le han abierto los ojos» a partir del momento en que ha dejado a un lado para siempre a Dios (Gn 3,7). Se trata del estado de obtusidad moral del impío; c) *Su hablar es, ante todo, vanidad y engaño*: «Son los dichos de su boca, iniquidad y engaño; cesó de ser cuerdo y de obrar bien» (Sal 36,4). En la estructura socio-cultural oral del Próximo Oriente la palabra (el hablar, los dichos) es el compendio de todas las relaciones interpersonales (Sal 12). Cuando el corazón está enmarañado, las palabras son manifestación exterior de una conciencia depravada. Sus señales son la iniquidad y el engaño. El impío, que ha dejado de ser transparente ante Dios, es incapaz de cordura en las reacciones fundamentales de un hombre. Su entender, tanto en el plano teórico como en el práctico, está viciado. Igualmente su comportamiento moral está inexorablemente bloqueado. Está, pues, bajo la impotencia radical de ser hombre: éste es el destino del impío, vacío y vulgar como la realidad que adora —él mismo— y la materia de la que se rodea y se alimenta —iniquidad y mentira—; d) *La malicia le es constitucional*. Se ha convertido en él en una segunda naturaleza, como el entramado en torno al que giran todo su tiempo y todos sus pensamientos. Adentrado en el camino del mal, es natural que el impío demuestre una fidelidad, que es sólo obstinación en la perversidad: «Maquina iniquidad sobre su lecho, se afirma en un camino que no es bueno; lo malo no aborrece» (Sal 36,5). El *lecho*, sobre el que el impío maquina sus maldades, es un símbolo no sólo cronológico (la noche), sino también psicológico (los pensamientos más oscuros y secretos). «Ay de quienes proyectan iniquidad y quienes fraguan el mal en sus lechos, a la luz de la mañana lo acometen, cuando tienen en su mano la fuerza» (Mi 2,1. Cf. Sal 4,5; 149,5). La obstinación del impío —su *camino* es su *vida* (22)— impide su conversión, prohibiéndole aborrecer el mal (23).

El apóstol Pablo subraya igualmente esta universal y radical pecaminosidad humana: «No hay temor de Dios ante sus ojos» (Rom 3,18). Es el ser humano entero, total, igual que todos los hombres sin excepción, el que participa del mal. A Dios se le puede acallar y eliminar del corazón y del horizonte de la propia vida, pero lo que el hombre no puede quitarse de encima es el propio egoísmo, que engrandece locamente y pone en pantalla de continuo nuestro rebelde, ofuscado, enfermo y diminuto yo. Cuando Dios no está, el hombre se encuentra bajo el espejismo de su loco corazón. Y no hay paz.

(21) Sal 10,4.6.11.13; 14,1; 73,11; 94,7.

(22) Jer 8,4-6; 13,23.

(23) Jer 4,22.

Hay un *mundo* del que habla la Biblia, entendido como *el conjunto de la realidad humana*, la realidad creada, *los hombres*, los pueblos, el mundo histórico labrado por el ingenio, el trabajo y la actividad humana, al que Dios ama tanto que ha enviado a *Jesús*, su Hijo, como *luz* para sacarlo de las tinieblas.

Dios ofrece al mundo su luz en Jesús, «El es la luz verdadera que ilumina a todo hombre, que viene al mundo» (Jn 1,9). El es la señal de la autenticidad, de la genuinidad y de la plenitud de Dios para todo hombre. Este, cualquiera que sea su origen o su condición, puede y debe recibir las directrices hondas, que lo orientan en la realización y en el sentido para su vida (24).

«Dios amó de tal manera al mundo que entregó a su Hijo Unigénito para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). La presencia en el mundo de este *Don de Dios* que se llama *Jesús*, su Hijo, provoca una crisis: este don del Padre Dios puede ser *acogido* o *rechazado*. *El juicio* no es tanto un acontecimiento del futuro, del fin del mundo (así llamado), sino *una realidad actual*, presente y operante ya dentro de la historia y del hombre: «El que cree en El no es condenado; pero el que no cree ya está condenado, por no haber creído en el nombre del Hijo Unigénito de Dios» (Jn 3,18). No es tanto Dios el que da un juicio de condena, sino el hombre mismo con su propio y personal talante. Con su *rechazo* o *aceptación del amor que Dios nos tiene y es, aparecido en Jesús*, su Cristo, el hombre se construye dentro de sí la *condenación* o la *salvación*, se construye *luz* o *tiniebla*.

Creer quiere decir *reconocer* y *acoger el don de Dios en la propia vida*. La fe realiza, pues, un juicio, y es el hombre mismo el que se juzga. La fe *en el nombre* del Hijo Jesús consiste en reconocer y en invocar con confianza el poder de Su persona, ya que el nombre manifiesta la persona. *La fe es adhesión a Cristo Jesús*, al que uno reconoce como Hijo de Dios y como revelador (25).

Los incrédulos son aquellos que *aman las tinieblas*. Amar significa preferir, estar unido, elegir cordial y conscientemente. «La condena se basa en esto: la luz ha venido al mundo, pero los hombres amaron más la oscuridad que la luz, pues sus obras eran malas» (Jn 3,19). No es, ante todo, cuestión de hacer *el mal* —esto puede ocurrir también por debilidad, como un incidente que no revela una orientación de fondo—, sino de *amarlo*.

Quien obra el mal acaba necesariamente por odiar la luz. No quiere que sus obras malas sean desenmascaradas. *El obrar condiciona el com-*

(24) *Evangelie selon Saint Jean*. Traduction Oecuménique de la Bible. París, 1972, p. 292.

(25) *O.c.*, pp. 297, 292.

prender, el ver. «Pues todo el que hace cosas malas odia la luz, y no va a la luz, para que sus obras no sean reprobadas» (Jn 3,20). Las condiciones indispensables para *ver* son libertad interior, amor a la verdad y a la justicia y vida auténtica. Obrar correctamente no es sólo un hecho de coherencia. Es, antes que nada, la condición indispensable para crear un *lugar propicio* en el que el misterio de Dios pueda revelarse en su fuerza de persuasión, un lugar en el que sea posible intuir la verdad, el origen de Cristo Jesús y su don de salvación.

Obrar la verdad, hacer la verdad. Según nuestras maneras corrientes de expresión, la verdad no hay que hacerla, cumplirla, sino conocerla. Para la Biblia —el evangelio de San Juan— la verdad, por el contrario, no es una noción que hay que aprender, ni tan siquiera simplemente una realidad, más bien divina, que hay que conocer. *La verdad es el plan salvador de Dios que hay que acoger y construir.* «En cambio, el que obra la verdad, va a la luz, para que se manifiesten sus obras, porque están hechas en Dios» (Jn 3,21). La verdad para el hombre viene de su encuentro con Cristo vivo. En Cristo y desde Cristo el hombre es verdadero. Todo el que hace el bien está ya, sin embargo, en una cierta comunión con el Dios vivo y tiende hacia el encuentro pleno, que se realiza en su Hijo Jesús (26).

El hombre es ciertamente una creatura rebelde contra Dios. En este sentido, *mundo*, también en la Biblia, designa con frecuencia a *la humanidad en rebelión contra Dios*. Siempre que el mundo rechaza el amor de Dios, la sabiduría de Dios, la luz de Dios, la paz de Dios para seguir la suya, el mundo (es decir, los hombres) es impío, rebelde. «En el mundo estaba la luz, y el mundo se hizo por medio de ella, pero el mundo no la conoció» (Jn 1,10). Este rechazo de Dios puede tomar la forma de una reflexión filosófica, de una ideología, de un sistema de vida. Todos los hombres somos igualmente deudores de la *sabiduría del mundo*: tanto los paganos como los judíos, tanto los no-creyentes como los creyentes. «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿No convirtió Dios en locura la sabiduría de este mundo?» (I Cor 1,20). No hay en todo este pasaje una condena, como tal, de la *sabiduría*, actividad de la razón humana, ya que es obra de Dios, sino que se la denuncia, en cuanto se pretende *suficiente*, es decir, norma única y última. «Los judíos piden “señales” y los griegos buscan sabiduría» (1 Cor 1,22). Los judíos exigen de Dios que les revele su poder y los salve conforme a las esperanzas mundanas. Los paganos imaginan un mundo gobernado por la razón, en el que ellos sean los concededores de la existencia. En un mundo así Dios sobra. Una y otra actitud es la manifestación de idéntica rebelión contra Dios: se buscan seguridades humanas, *el milagro*, garante de la veracidad del mensaje o *una doctrina* satisfactoria para la inteligencia. El apóstol Pablo con-

(26) *O.c.*, p. 297. E. Lohse, *Teología del Nuevo Testamento*. Cristiandad. Madrid, 1978. (El juicio escatológico, pp. 223-226).

dena estas *búsquedas*, no en ellas mismas (paradójicamente serán satisfechas por la cruz de Cristo, 1 Cor 1,24), sino en la medida en que son *exigencias previas, condiciones puestas a la aceptación de la fe*.

Frente a las pretensiones humanas, la predicación de la cruz se presenta como la contradicción de las mismas: *la cruz* es ocasión de fracaso en vez de señal del poder de Dios, *locura* en vez de *sabiduría*. Sin embargo, en la medida en que esta oscuridad y este escándalo han sido superados y se da la adhesión en *el abandono de la fe*, *la cruz* aparece como *la realización suprema de esta espera*: sabiduría y poder superiores. «Nosotros predicamos un Mesías crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles, más para los que han sido llamados, judíos y griegos, un Mesías fuerza de Dios y sabiduría de Dios; pues la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1,23-25) (27). La cruz no tiene sentido para el que sólo confía en la eficiencia material, en los programas técnicos, en los proyectos sociales. No tiene sentido para quien no quiere dar espacio a la vida interior, al camino espiritual. No tiene sentido para el que cree que los problemas humanos se pueden resolver pisando al hombre, su libertad, su corazón. La cruz es obstáculo y escándalo para quien no tiene el coraje de separarse de sí mismo para ponerse en las manos del Padre, como Jesús.

Jesús, en verdad, ha venido a la historia como *signo de contradicción*, como *división* antes que como unión. «No penséis que vine a traer paz a la tierra; no vine a poner paz, sino espada; pues vine a desunir: el hombre contra su padre, la hija contra su madre, la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre: los de su casa» (Mt 10,34-36). *No paz, sino espada*. La espada es símbolo de una *guerra interior*. La palabra de Jesús, su mensaje coloca a los hombres ante una decisión que provoca disensiones. Jesús es persona que no admite medias tintas ni componendas en quien se adhiere a El. El espíritu de Jesús, al adueñarse de los hombres, produce desgarros, conflictos, divisiones, tensiones. El discípulo de Jesús sabe en propia carne que su palabra no es un narcótico, sino un fuego, más allá del pactismo fácil o del pacifismo a ultranza. La persona de Cristo y el testimonio vivo de sus discípulos desencadenan una guerra, es decir, constituyen un signo de contradicción, una «señal» que se discute (Lc 2,34). Su persona divide incluso a las personas unidas por la sangre. Esto crea estupor e inseguridad. La fe mantiene al creyente tozudamente en pie (28).

Paradójicamente la paz que Jesús proclama no es la *paz carnal y fácil*,

(27) U. Wilkens, *Weisheit und Torheit. Eine exegetisch-religions-geschichtliche Untersuchung zu 1 Kor 1-2*. Tübinga, 1959. P.-E. Bonnard, *La Sagesse en personne annoncée et venue en Jésus Christ*. París, 1966, pp. 133-140.

(28) V. Casas, *Entre la violencia y el pacifismo*. Vida Religiosa. Vol. 60, núm. 4, 1986, pp. 260-273.

en la que siempre soñaron y siempre ofrecieron los *falsos profetas*: «Y pretenden curar el quebranto de mi pueblo livianamente diciendo: “¡Paz, paz!”, cuando no hay paz» (Jer 6,14) (29). Los hombres están obligados a tomar partido en favor o en contra de *Jesús*. Por eso, El introduce entre los hombres la *división*. Jesús no es portador y mensajero de una paz tranquila, sin tensiones ni laceraciones. El pone fin a la ilusión de un *irenismo falso*, que llena la boca tanto de los *profetas mercenarios* como de los *profetas engañosos*. La paz de Jesús es fruto de una decisión, que provoca contrastes y conflictos hasta en el tejido de las relaciones familiares más íntimas. Esta es la señal de la tensión crítica del momento presente, inaugurado por Jesús. «¿Creéis que vine a poner paz en la tierra? No, os lo digo, sino más bien división» (Lc 12,51) (30).

La palabra de Dios al hombre, en Jesús, actúa como una *espada de dos filos*. La palabra, en la Biblia, no comporta solamente un significado racional, sino también un elemento dinámico (31). Cada palabra está llena de una fuerza secreta, y quien la recibe se beneficia de una energía nueva. Por esta vitalidad, la palabra, revelada en Jesús, está henchida de fuerza. Tiene el poder incisivo de una espada de doble hoja, que *escruta* y *penetra* hasta los pliegues más escondidos del ser humano, en lo más secreto e íntimo de su ser. Por eso, la palabra de Dios discierne y juzga el corazón del hombre, o sea, sus intenciones y su valor profundo. Nada hay oculto para ella ni inaccesible. Todo está desnudo, sin poder disimular su verdadera naturaleza ante ella. «La palabra de Dios es viva, enérgica, y más incisiva que cualquier espada de dos filos, y penetrante hasta dividir alma y espíritu, junturas y tuétanos, y capaz de juzgar los pensamientos e intuiciones del corazón, y no hay criatura que escape a su vista: todo está desnudo e indefenso ante los ojos de Aquel a quien nosotros hemos de dar cuenta» (Heb 4,12-13). Delante de la palabra viva de Dios, el hombre está en una situación de antagonista, expuesto a *ser descubierto* a golpe de su espada, «a merced» de ella. Está en verdad en situación de víctima, incapaz de resistir; bajo la imposibilidad de disimular nada y bajo la incapacidad de sustraerse (32). *El hombre está ciertamente bajo la búsqueda amorosa de Dios, bajo su pregunta preocupada*: «Adán, ¿dónde estás?» (Gn 3,9). Es el hombre, el que oyendo los pasos de Dios que sale a su encuentro, siente la inseguridad de su propio ocultamiento.

(29) Cf. Jer 8, 11,16. Ez 13,10.6. Denuncia de los *profetas mercenarios, a sueldo*: Mi 3,5.11.

(30) *Evangile selon Saint Luc*. Traduction Oecuménique de la Bible. París, 1972, p. 241.

(31) G. Gerleman, *Dābār* (Palabra). Diccionario teológico manual del AT I. Cristiandad. Madrid, 1978, pp. 614-627.

(32) C. Spicq, *L'Épître aux Hébreux*. Gabalda. París, 1977, pp. 89-91.

La Buena Noticia, el Evangelio, es el don gratuito de Dios, la salvación que Dios concede gratuitamente. Sólo quien lo acoge con ánimo agradecido, con reconocimiento, con humildad sabe de él. «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia salvación, que dice a Sión: “Ya reina tu Dios!» (Is 52,7). *Paz, buenas noticias, salvación.* Es la buena noticia que cambia la vida (33), que llena de gozo, que pone una canción de fiesta en el corazón entristecido. Este Evangelio, esta buena noticia, es la *perla preciosa* (Mt 13,45-46). Quien da con ella, inundado de contento, sin pensarlo más, lo vende todo con tal de gozar de ella. El Evangelio es el «tesoro escondido en el campo» (Mt 13,44), por el que el hombre «hace locuras» con tal de poder gozarlo.

Salvación para el hombre, el amor que Dios nos tiene y que nos ofrece sin limitaciones, puro amor de misericordia, que quiere al hombre como es: Esta es la buena noticia, el evangelio. Hacer la *experiencia* —paradójicamente, la más fácil y la más difícil de la vida— *de dejarse amar*. Saber, caído ya el orgullo, que, ante Dios, el hombre no puede hacer otra cosa sino dejarse amar, salvar, acoger, perdonar. El hombre, en el fondo, cree siempre que Dios le exige algo, que está sobre nosotros para aplastarnos o para darnos sus quejas. El *salto de gracia* es que acoja la imagen evangélica del Dios que sirve, que pone su vida a nuestra disposición. «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22,27c). Dios, antes de pedirnos algo nos pide simplemente que nos dejemos amar del todo. «Este es mi cuerpo, entregado por vosotros... Esta es mi sangre... derramada por vosotros» (Lc 22,19-20). Sólo llega a la experiencia genuina del Evangelio, el que acoge el poder del amor de Dios, que envuelve la vida entera del hombre. Pedro, el apóstol, sólo supo del Señor cuando se dejó lavar por El (Jn 13,8.9.14).

El teólogo cristiano *Orígenes* escribió: «*Todo lo que uno pone por encima de todas las demás cosas, eso es su dios*». Cuando uno se adora, se venera, se centra y se busca a sí mismo, uno es dios para sí mismo. *La autodivinización se nutre del orgullo*. El primer pecado del hombre es querer ser como Dios. «Seréis como dioses» (Gn 3,5). El pecado de orgullo es, pues, una estructura fundamental de la existencia humana (34). «Todos los hombres pecaron» (Rom 5,12).

El pecado del hombre consiste originariamente en estar orgulloso de sí mismo y así no dar a Dios lo que es de Dios. Este pecado es la *auto-suficiencia*. *La actitud pretenciosa del hombre frente a Dios se llama orgullo, jactancia, fanfarronería*. Quien cree que todo lo puede él, desde él y para él, es orgulloso. Está, asimismo, el orgullo de ser uno el que

(33) G. Friedrich, *Euangelídsomai* (Anunciar una buena noticia), ThWNT (II,704-735).

(34) F. J. Leenhardt, *op. cit.*, p. 83.

es, autónomamente, sin necesitar de ningún otro (35). Es gloriarse en uno mismo. Sólo la fe libera del orgullo. Y la fe es el único camino hacia la ternura y la misericordia de Dios (36). «Así es que, ¿dónde queda el orgullo? Está eliminado. ¿Por qué ley? ¿La de las obras? No, sino por la ley de la fe, pues sostenemos que el hombre queda justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley» (Rom 3,27-28).

El orgullo más refinado es atribuirse lo que no hemos adquirido por nuestras propias fuerzas. Este orgullo se nutre de los dones gratuitos de Dios. «Si alguno cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo» (Gál 6,3). Para el apóstol Pablo «sólo la gracia de Dios hace que sea *algo* quien no es *nada*» (37).

Para el hombre, la apostasía de Dios comienza por *el orgullo*. Es *el mundo*, como el conjunto de fuerzas inicuas, lo que cierra al hombre a Dios y a Jesús, el Cristo, tratando de separarlo de *hacer la voluntad de Dios* y de *obrar la verdad*. «No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn 2,15). Los principales modos, por otra parte, de esta influencia del mundo son «la codicia de la carne, la codicia de los ojos y la ostentación de la riqueza» (1 Jn, 2,16).

El orgulloso no puede contar con la ayuda de Dios ni con su divina protección. El pobre, el pequeño, el humilde, por el contrario, cuenta con el amor de Dios. «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Someteos, pues, a Dios» (Sant 4,6-7a. Cf. Prov 3,34) (38).

El tiempo futuro es incierto y misterioso. De ahí que hayamos de poner nuestra confianza en Dios, echarnos en manos de su providencia. Esta *sumisión humilde a su voluntad* nos libera de la insensata y peligrosa audacia de confiar en nuestras propias fuerzas, a la vez que de la actividad infatigable con que esperamos alcanzar *la felicidad*. Sólo el Señor puede dar la plenitud de vida, que el hombre espera del futuro y quiere *alcanzar con su esfuerzo*. El la dará a los que se dejan guiar por Él. La jactancia es presunción al colocar el propio yo en el lugar del Dios vivo, tributándole así un culto, una veneración, un incienso idólatrico. De ahí la advertencia del apóstol Santiago: «Ahora os jactáis en vuestra fanfarronería. Toda jactancia de este tipo es mala» (Sant 4,16).

El deseo de poseer, de beber, de agotar la vida, sin recibirla de Dios, es *mundo*, a causa de su *concupiscencia*. Todo lo que convertimos en *sucedáneos de la gracia* es orgullo larvado. El amor que Dios nos tiene

(35) R. Bultmann, *Kaukháomai* (Jactarse, enorgullecerse); *kaukthesis* (Jactancia, orgullo, fanfarronería), ThWNT (III,646-653). H.-Ch. Hahn, *Gloriarse*. Diccionario teológico del NT. II. Sígueme, Salamanca, 1980, pp. 234-236.

(36) F. J. Leenhardt, *op. cit.*, p. 64.

(37) W. Schmithals, *Paulus und die Gnostiker*. Hamburgo, 1965, p. 34, núm. 102.

(38) A. Barucq, *Le livre des Proverbes*. Gabalda. París, 1964, p. 65.

y que se ha manifestado en Jesús, su Hijo, nos resulta desconcertantemente incomprensible, pero es definitivo de cara al hombre. Este amor pone al hombre ante una *decisión permanentemente clara*, tanto si se abre, y acoge, como si se cierra, y rechaza, esta oferta gratuita de amor de Dios. «La gracia de Dios salvador se ha manifestado a todos los hombres, y por ella aprendemos a renunciar a la impiedad y los deseos mundanos y a vivir en este mundo sobria, justa y piadosamente» (Tit 2,11-12). La gracia de Dios en Jesucristo educa *nuestros deseos*, impulsándonos a una ruptura radical con una vida de *impiedad* y de *placeres mundanos*. El hombre, dejado a sus solas fuerzas, es incapaz de una vida semejante. Es la fuerza de la gracia de Dios, que se llama Jesús, la que únicamente le proporciona la aptitud para ello. Esta vida, respecto al *propio yo*, es una *vida de sobriedad, de prudencia y de disciplina*; respecto a *los demás*, es una *vida de honradez, de generosidad, de justicia*; respecto a *Dios*, es una *vida de piedad, de humilde confianza*, cual el niño hacia su padre (39).

La paz nos ha sido dada por Dios en Jesucristo. Mediante El hemos sido llamados a vivir esta paz. Por Jesús, Dios anuncia su mensaje de salvación: *la paz entre El y los hombres*. «Dios ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buena Noticia de la paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos» (Hech 10,36). Esta palabra de Dios, personificada en Jesucristo, cura y consuela, arrancando al hombre de la pesadilla de la perdición y de la muerte. Esta salvación es *evangelio de paz*. «Envió su palabra para curarlos, para salvarlos de la perdición» (Sal 107,20).

En el panorama inmóvil y silencioso del mundo ha empezado a extenderse la Palabra de Dios. Sobre el manto blanco del invierno helado del mundo ha empezado a hormiguar, de nuevo, con fuerza desbordante, la vida. Esta Palabra, decidida y definitiva, está inaugurando una nueva y permanente primavera. La Palabra de Dios se transforma en un viento cálido, es el aliento benéfico, de Dios, su Espíritu, su sople creador. Esta presencia de Dios, que da vida y calor, es ahora su revelación por Jesucristo. «Envía su palabra y la derrite, hace soplar su viento y discurren las aguas» (Sal 147,18).

La paz de Jesucristo es síntesis de todo gozo y de todo bien. La paz es plenitud de vida, destinada al «pueblo», a quien es auténticamente fiel, a todo aquel que «vuelve» a Dios, que se convierte a El. Que el Señor no pone puertas ni fronteras. Sólo hay vuelta a Dios para quien se fía de El plenamente. «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos, y a los que se convierten de corazón» (Sal 85,9).

(39) J. Jeremías, *Epístolas a Timoteo y a Tito*. Fax. Madrid, 1970, pp. 163-165.

CONCLUSION

Cristianamente, desde la Biblia, la paz es un acontecimiento de salvación gratuita de Dios por medio de Jesucristo. Ninguno de los avatares humanos son suficientes para robar la paz a los que creen.

Los cristianos promueven la paz si creen en el Evangelio de la paz. Su lucha contra la guerra ha de ser paralela a su lucha contra el espíritu y la praxis de este mundo, donde brota cada día la desidia, el conformismo y el aprovechamiento.

La mejor manera que tienen los cristianos de descalificar la violencia, la muerte, el exterminio, la pobreza y la guerra es viviendo el amor activo, preocupado y generoso a los privilegiados del Evangelio, los pobres o, mejor, los empobrecidos.

Sólo quienes han nacido de Dios, de nuevo, otra vez, se saben liberados del deseo, desesperado e impío, de procurarse a sí mismos la vida. Los cristianos, desde la gracia del evangelio, están *en* este mundo, pero sin ser *de* este mundo. Por eso, ellos, que son la Iglesia, se saben enviados al mundo para proclamar, vivir, celebrar y hacer la paz.

Sólo la fe —la obediencia— al Evangelio de la paz preserva a la Iglesia —los cristianos— de dejarse *asimilar* y *acomodar* a los dictámenes de este mundo.

Vivir las Bienaventuranzas lleva a cooperar humanamente al advenimiento del reino de Dios. Quienes ciertamente beben de Cristo, «el monte y el collado, / do mana el agua pura», pueden celebrar y cantar con San Juan de la Cruz: «Mi alma se ha empleado / y todo mi caudal en su servicio; ya no guardo ganado, / ni ya tengo otro oficio, / que ya sólo en amar es mi servicio» (40).

Quienes están inundados del Espíritu de paz descubren su responsabilidad frente al mundo violento, abogando, como San Francisco de Asís (41), por la exclusión de todo empleo de la fuerza: «Ninguno de los Hermanos tenga potestad o dominio, y menos estre ellos» (42). Sólo hombres pacificados vivirán y proclamarán paz en total mansedumbre. De ahí la invitación de Francisco: «No resistan al mal, sino que a quien les pegue en una mejilla, vuélvanle también la otra» (43).

(40) *Cántico espiritual*, en *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz*. BAC 15. Madrid, 1975, pp. 704-706.

(41) V. Casas, *Con Francisco de Asís apostar por la paz evangélicamente*. Seleccionnes de Franciscanismo, núm. 43, 1985, pp. 79-88.

(42) *I Regla 5,9ss.*, en *San Francisco de Asís. Biografías. Documentos de la época*. BAC 399. Madrid, 1985³.

(43) *I Regla 14,4, O.c.*

La paz es una fuerza de vida, pero sólo a condición de que haya justicia. Cuando hay fuerza sin justicia hay tiranía. Cuando hay justicia sin fuerza hay impotencia. «La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica. Es preciso, pues, juntar la justicia y la fuerza; y hacer que lo justo sea fuerte y que lo fuerte sea justo» (44).

La paz de Cristo se manifiesta en la vida de esta tierra sólo en la medida en que su realidad viva arraiga e influye en el corazón, en el pensamiento y en la acción de los cristianos.

(44) Blas Pascal, *Pensamientos y Cartas Provinciales*. Ed. Mateu. Barcelona, 1970, p. 115.